

El aceite de ricino tiene unas características que varían según las condiciones climatológicas, pero dentro de muy estrechos límites. Son las siguientes:

Densidad	0,949—0,972
Índice de refracción a 20° .	1,477—1,479
Índice de refracción a 40° .	1,4705—1,4720
Índice de saponificación . . .	176—192
Índice hidroxílico	146—156
Índice de yodo	81—90
Índice rodonométrico	81—84
Índice de acetilo	3,415

Per si todas las aplicaciones del aceite que hemos enumerado no fueran suficientes para declararla planta de primerísima utilidad, vamos a decir las aplicaciones directas de la planta misma, que realmente no tiene desperdicio. Las hojas son un pienso de primer orden, por la acción que ejerce sobre las glándulas mamarias, incrementando la secreción láctea.

Como textil, de su tallo se obtienen fibras de longitud que varían de 40 a 70 centímetros, y que por ser tan resistentes como las del cáñamo, pueden servir para la fabricación de lonas, cuerdas, sacos, etc. Para extraer esta fibra se sigue el mismo procedimiento que para las del lino y el cáñamo, teniendo la precaución de poner en el agua del estanque pequeña cantidad de ácido sulfúrico antes de sumergir los tallos, y lavando bien las fibras después de la inmersión. Los residuos celulósicos que quedan después de estas manipulaciones, se aplican a la producción de pastas para fabricar papel de las mejores marcas, entre las cuales figuran el papel pergamino, y las mejores calidades del papel de cartas. El residuo engalletado de esta última fabricación, es selecto combustible. Mezclado con orujo procedente de la fabricación del aceite de sus semillas, constituye un abono eficazísimo por ser muy rico en los principios activos extraídos por las plantas de la tierra, tales como ácido fosfórico, nitrógeno, etc. Este abono tiene la virtud de actuar como insecticida, pues destruye muchas larvas.

Por último, es una planta de jardín, por su inflorescencia en vistosas panojas, cuya riqueza polínica es buen alimento para los cotos colmeneros.

(Continuará).



TURISMO HEROICO

Evocación artística de Guadalupe

POR JOSÉ RAMÓN Y FERNÁNDEZ OXEA.

Guardada por el fuerte baluarte de la sierra de las Villuercas yergue su brava silueta de fortaleza antigua el famoso Monasterio de Guadalupe a cuyo pié se extienden las humildes casas del pueblo rodeadas por los huertos de olivos que circundan el burgo como una alegórica corona de paz.

La carretera que sigue el tortuoso curso del río Rucas abandona sus orillas más arriba de la presa y del estanque de los molinos, construídos en el siglo XV, para empinarse en demanda del Monasterio que, sobre el fondo pardo de la agreste montaña destaca el conjunto de las almenadas torres, con prestigio de alcázar protegiendo el silencio de sus medievales claustros; el mudéjar, con su alegría de jardín oriental, magnífica sinfonía de colores y aromas donde la sequedad del ladrillo se refresca con la agridulce frescura de los naranjos, mientras de la fronda de los arbustos claustrales surge la maravilla del templete morisco, feliz conjunción del arte ojival con el árabe andaluz engastado en la red de arrayanes mirtáceos que lo atan a las enjalbegadas arquerías túmidas.

Y más allá el claustro gótico, totalmente limpio de vegetación, silencioso, mudo, sin más ornamento que el logrado por el cincel paciente de los canteros en el pétreo encaje de sus calados ventanales.

Mientras en el claustro mudéjar las flores y los pájaros entonan un himno a la vida, aquí la piedra impone su tiránico dominio, y apenas si en un rincón umbrío algún líquen rebelde se instala sobre el granito a pesar suyo.

El primero de estos claustros sería un grato retiro para un espíritu poético que quisiera gozar de un lugar tranquilo donde poder soñar y crear; el segundo, serviría de marco adecuado a un asceta que anhelara elevar a Dios su espíritu macerado, sin que pudiese enredársele en atracciones terrenas.

Ambos claustros son como el anverso y el reverso de la medalla guadalupeña: uno es la estampa de la vida suelta de la naturaleza alegre, risueña y espontánea, en tanto el otro lo es de la vida recoleta, reglada, medida, sujeta a normas, donde hasta el agua que, sin freno, cae del cielo, es aquí dirigida y obligada a llegar a los algibes ocultos bajo las losas regulares también del patio despoblado.

Guadalupe es el punto de reunión de viejos caminos procedentes de los cuatro puntos cardinales que allí conducían la devoción popular de los tiempos del imperio español. Uno de estos caminos es el «viejo de Castilla» prestigiado por las huellas de los conquistadores de América que acudían a Guadalupe a cumplir votos hechos en lejanas tierras ultramarinas en días de grave peligro.

Sobre este camino está el Humilladero, ruinas hoy de una lindísima capilla de mudéjar ladrillo, hermana en arte del templete ya nombrado, erigida en un lugar adonde es fama que la Virgen trasladaba prodigiosamente a los esclavos de Argel, de Orán y de Berbería que en aquellas mazmorras gemían sin esperanza de redención, y al llegar a él, rotas ya sus prisiones, caían de hinojos a la vista del lejano monasterio peregrinos y conquistadores, devotos y cautivos, para seguir su viaje hasta ofrecer a su protectora, unos, sus limosnas; otros, sus plegarias; aquéllos, sus promesas, y éstos sus cadenas que dejaban pendientes de los muros de la iglesia.

Guadalupe se aparece desde estas alturas del valle de Guadalupejo como un nido de águilas puesto en la lejanía al abrigo de las ingentes moles de las Villuercas y enguarnaldado por un bosque de cúpulas y campanarios, de pináculos y chapiteles en espectáculo sorprendente.

Guadalupe es el faro espiritual que alumbró los dilatados campos de parda estameña de esta tierra de ganaderos, de hombres y de reses. Guadalupe es el foco principal de la conquista de América, como Santiago lo había sido de nuestra reconquista, y quizá por eso es también el arca santa de las esencias extremeñas. Pero es además el joyel que guarda preciosas colecciones de ornamentos sagrados, donde al lado del rico manto de la Virgen, bordado en plata con miles de perlas y diamantes por la Infanta Isabel Clara Eugenia, hija de Felipe II y Gobernadora de los Países Bajos, que aquí vino también a humillarse pletórica de fe, puede verse otro más rico aún, regalado por la Comunidad de los Jerónimos; y junto al terno de los Reyes Católicos, puede contemplarse el donado por la Emperatriz Isabel, esposa de Carlos V, o las capas salidas de las sederías talaveranas, o de las fábricas de Milán, de Sevilla, de Toledo, o las maravillosas casullas tan primorosamente trabajadas por aquellos frailes bordadores del siglo XVI, que se duda si más que obra humana lo haya sido de ángeles.

Sobrenaturales también parecen los gigantescos libros de Coro allí conservados con otros de Horas, con Pasionarios y con Misales delicadamente miniadas sus páginas de vitela por los más famosos ilustradores de los siglos XV, XVI y XVII.

Guadalupe es guarda cuidadosa del soberbio tesoro de los cuadros de Zurbarán, que en su Sacristía se conservan y tan solo por contemplarlos merece la pena de hacer el viaje al Monasterio. Son ocho grandes lienzos que representan personajes de la Orden de San Jerónimo, en los que no se sabe qué admirar más, si la originalidad de la composición, si el realismo perfecto de las figuras, si la maestría de la ejecución o la sencillez y la sobriedad de la pintura. Asombro de expresión nos ofrece la cara en éxtasis del P. Cabañuelas en su misa, o las del P. Salamanca y de su compañero, viendo el reflejo de un incendio nocturno; movido dramatismo hay en la despedida del P. Carrión; dignidad y verismo en el logrado interior del retrato del P. Gonzalo de Illescas, y sobre todos ellos destaca la figura del venerable P. Salmerón, de

rodillas ante Cristo que le acaricia la cabeza, uno de los cuadros de más profunda devoción de la pintura española.

Y además de todo esto, Guadalupe es el panteón de don Dionís de Portugal, el hijo del Rey don Pedro y de la infortunada doña Inés de Castro; de su esposa doña Juana de Castilla y del Rey más calumniado de las Españas, de aquél a quién se le negó la paternidad de su única hija.

A Guadalupe se va como peregrino, a postrarse esperanzado ante la famosa imagen que un día lejano se apareció a un pastor y en la que la tradición quiere ver la que el Papa San Gregorio Magno había regalado a su amigo el Obispo hispalense San Leandro; o como viajero, para contemplar el espléndido paisaje natural que sirve de escenario al Monasterio y maravillarse ante sus riquezas; o como turista coleccionador de impresiones nuevas, de pintorescas costumbres, de trajes típicos y de cocinas succulentas; o como artista, para deleitarse ante las variadas y ricas colecciones de toda clase de objetos valiosos que allí se guardan y extasiarse oyendo el magnífico órgano, cuyos suaves sonidos nos trasplantan a las más puras regiones celestiales; pero van asimismo los novios extremeños a consagrar sus amores al pie de la Virgen morena que escogen por sin igual madrina.

Pasear por las calles de Guadalupe equivale a trasladarse al siglo XIV; es gozar de la fantástica visión de un pueblo medieval, con sus casas venerables cargadas de historia, con sus calles de soportales, con su plaza irregular, abierta al doble histórico de la Iglesia, y con su profundo silencio, solo perturbado por el rumor de la fuente, por el clamor de las campanas conventuales y por el metálico sonar del yunque de los caldereros dando vida al cobre en las famosas vasijas guadalupenas.

Guadalupe es una afortunada síntesis de la fé y del arte, de la historia y del pueblo, de la paz y del trabajo, de la tierra gris y del cielo zarco.

V A R I A

C R O N I C A B R E V E

— Como saben nuestros lectores, hace pocos días se ha celebrado en Sevilla la II Asamblea de Americanistas, en conmemoración del IV Centenario de la muerte de Hernán Cortés, el extremeño invicto. Este Congreso de intelectuales ha constituido un éxito sin precedentes. Además del Ministro de Asuntos Exteriores y del señor Ruiz Jiménez, Presidente del Instituto de Cultura Hispánica, asistieron eminentes Profesores españoles y extranjeros, representantes de estos, entre otros países, de Filipinas, Argentina, El Salvador, Méjico, Chile, Francia, Estados Unidos, Colombia, Portugal, Alemania, Perú, Ecuador e Inglaterra.

Los investigadores extremeños señores Muñoz de San Pedro, Académico de la Historia, y Dr. Montes Bravo, han obtenido un triunfo muy señalado, al presentar sendos trabajos sobre Frey Nicolás de Ovando, el primer Gobernador de las Indias.

El ilustre cacereño, P. Constantino Bayle, magistral autoridad en estudios americanistas, presentó, y obtuvo un gran triunfo, con una documentada ponencia sobre el tema «Las Misiones defensoras de las fronteras mayas».

— En el número 9 de nuestra revista, dimos cuenta de la iniciativa adoptada por la Obra Social del Movimiento, a propuesta de su Presidente, el Excmo. Sr. Gobernador Civil, de abrir la puerta del Palacio Episcopal, al que da acceso, por la calle del Arco de la Estrella, y hoy queremos alborozarnos por haberse realizado la idea de una manera tal que a la vez que